

INTRODUCCION A UNA SOCIOLOGIA DE LOS LLAMADOS PAISES ATRASADOS

Al encabezar esta exposición con la palabra «Introducción», quiero decir, ante todo, que nos interesa elucidar ciertas cuestiones fundamentales que relacionan esta nueva rama de la investigación social con la Sociología en general. Creemos con ello salir al paso de una necesidad advertida desde hace tiempo. Cuando en 1951 Alfredo Sauvy publicó un Manifiesto bajo este mismo epígrafe de «Introducción» (1), puso su empeño en fijar en toda su magnitud la totalidad de los problemas que tuvieron su expresión en los diez Textos del estudio sobre el carácter de los territorios retrasados. Pero desde entonces la situación del problema ha cambiado esencialmente, como lo muestran las conclusiones de uno de los Simposia en el cuadro de la International Social Science Council de los días 1-6 de marzo de 1954 celebrado por los miembros de la International Research Office on Social Implications of Technological Change (2). En el resumen se dice: «Dès les premières confrontations, il apparaît que les problèmes de terminologie et d'élaboration conceptuelle sont appelés à jouer un rôle de premier plan au cours des séances de travail. Ce qui s'explique en raison des besoins *actuels* de la recherche, de la nécessité de procéder à un inventaire et à une évaluation critique des matériaux existants». El mismo punto de vista hace resaltar Balandier, en sus diversos aspectos, en una publicación más reciente, que es una contribución decisiva al tratamiento de nuestros problemas y cuyo punto de partida adoptamos nosotros (3).

Claro que no hay ninguna posibilidad de coger en el hueco de

(1) Cfr. «Introduction à l'étude des pays sous-développés», en *Population*, VI, 4: octubre 1951, págs. 601 y ss.

(2) Comp. el «Protocolo», excelente, de Jorge Balandier. BRISPT, 6, páginas 1-54: 1954.

(3) Cfr. *Conséquences sociales du progrès technique dans les pays sous-développés*, en *Current Sociology* III, 1, 1954-55.

la mano un fenómeno tan complejo como el de los territorios retrasados sin una previa investigación concreta y eficiente, aunque con frecuencia nos parezca deseable un cierto asistemismo para entrever el contorno efectivo de los problemas y sus vínculos de contigüidad con otros. Por eso es necesario proceder de ordinario a un alto en la investigación para inventariar conceptualmente lo logrado, a la vez que se pasa a examinar la posición de estos nuevos problemas en el cuadro de la Sociología general. Nuestro trabajo debe representar una aportación a este empeño situándonos en aquella línea que comienza —al menos para Europa— en el tratado de Sauvy y termina, de momento, en el de Balandier.

Sobre dos problemas de naturaleza más bien formal parece la investigación haber llegado hoy a una claridad de profundas perspectivas: 1), el problema de los países económicamente débiles o atrasados presenta, junto a implicaciones altamente prácticos, un aspecto ante todo teórico, y 2), que este aspecto teórico no puede ser, sin duda alguna, dominado por una ciencia sola, sino únicamente por una cooperación de varias ciencias. Esto representa una esencial conclusión al comprobarse que también en este caso tiene aplicación uno de los motivos fundamentales de la moderna investigación científico-social. Por lo demás, debemos observar que esta cooperación entre varias ciencias reviste aquí una especial dificultad y complicación, por tratarse en el caso de los territorios retrasados, como ya Balandier destaca en la conclusión de Marcel Mauss, de un fenómeno social total, en el que confluyen numerosos rasgos de la realidad, aunque su tratamiento en el pasado pecara de unilateralidad. De ahí que se ocuparan clásicamente del problema de los territorios retrasados, ante todo economistas y teóricos de la ciencia de la población (4). De otra parte el problema ha sido afrontado en la actualidad, entre otros, por la escuela americana de Antropología cultural, que es, por su propia naturaleza, una ciencia unitaria íntegramente dedicada al hombre, y con ello a una cooperación entre las ciencias tradicionales; así que no hay peligro en el futuro de reincidir en un tratamiento parcial de este problema.

(4) Más recientemente en forma altamente integradora, Alfredo Sauvy, en *Théorie générale de la population*, vol. I: «Economie et population», París, 1952, especialmente los capítulos 14-18.

Si en esto, como queda dicho, se ha llegado a una total unanimidad, esto quiere igualmente decir que topamos con una cierta dificultad para la contestación del primero de nuestros problemas, el problema de si los pueblos retrasados ofrecen, en general, un aspecto apto para la consideración científica. Porque donde muchas disciplinas entran en acción simultáneamente puede acontecer que las disputas teóricas sobre su competencia arrojen la investigación misma al trasfondo; así que finalmente el apremio práctico de los problemas posterga el análisis teórico y se resuelvan éstos rutinariamente por criterios puramente políticos o administrativos. Propiamente esto es lo que ocurría hasta ahora en la mayor parte de los casos cuando el problema de los países retrasados se insertaba en las formas especiales de los pueblos colonizados. De acuerdo con esto, acontecía que la sociología colonial no partía de determinados principios, aunque los precedentes de la investigación teórica habrían podido servir en todo caso para el enjuiciamiento de los pueblos retrasados. Bajo el influjo de nuevas constelaciones políticas y el creciente descenso del antiguo pensamiento colonialista (lo que es aplicable, tanto a Inglaterra como a la Unión francesa, no a los Estados Unidos, que han mirado siempre con desconfianza el espíritu colonizador) y, finalmente, bajo la disyunción de dos grandes formas en las que al presente pugna la humanidad por liberarse, se ha despertado, después de la segunda guerra mundial, un interés inequívocamente teórico de someter el problema de los territorios retrasados a una nueva investigación exenta de prejuicios. Este interés especulativo se endereza en su más amplio sentido hacia una orientación objetiva, aunque los motivos determinantes sean en parte de naturaleza eminentemente práctica (como reza el «Programa del Punto IV» de los Estados Unidos de Norteamérica). Con ello se han decantado también los especiales problemas que ahora prevalecen, como el de la influencia cultural del progreso técnico (por contraposición a los antiguos problemas como el de la esclavización de los pueblos conquistados en la antigüedad, los de la cristianización de infieles en la Edad Media, la lucha contra el analfabetismo desde la Ilustración, etc.). El material aportado hasta el presente en este respecto es extraordinariamente copioso, como muestran, además de la Bibliografía de Balandier, la bibliografía especial de S. C. Gilfillan (5).

(5) «Social Implications of Technical Advance», en *Current Sociology*, I, 4: 1953.

Precisamente en el esquema de la penetración de la técnica y de los modos de producción en los llamados territorios retrasados se han propuesto recientemente limitaciones de extraordinaria importancia que afectan en primer término a la terminología. El concepto americanista de los «under-developed countries» puede, así enunciado, inducir al error, además de no ser susceptible de conceptos que lo completan, como ya Sauvy hizo notar en 1951 (obra citada, página 601).

De hecho, no hay ningún territorio tan «plenamente» desarrollado que pueda en este sentido contraponerse a los «subevolucionados», pues nunca en un país sus recursos técnicos y demás posibilidades han llegado al punto de ser aprovechados por todas las clases sociales o potenciados al máximo. Por eso ha sustituido Sauvy este concepto por el de territorios atrasados o retardados («pays attardés») que tampoco es claro, como se advierte fácilmente si se hace la pregunta de dónde está el criterio que fije este retardo.

El mayor error en que aquí se puede incurrir es el del etnocentrismo occidental del moderno sistema industrial. De este error nos preserva hoy la inesperada circunstancia, más útil que ninguna discusión teórica, y que se cifra en la contribución creciente de los pueblos orientales a las ciencias sociales, que con sus nuevas valoraciones actúa por contraposición, como regulador de la angostura de perspectivas del etnocentrismo occidental.

Bajo estos supuestos, «retraso» no significa, en su acepción inmediata, retardo en sentido técnico-económico, lo que sería un prejuicio típicamente occidental, sino que suscita otro concepto, que yo creo de significación menos específica. Y no precisamente excluyendo el punto de vista técnico-económico de la evolución ocasionalmente sobrevalorada por el etnocentrismo de la cultura occidental, sino sólo relativizándolo, admitiendo la coexistencia de otros valores que en determinadas circunstancias secundan la función rectora del enjuiciamiento histórico. Así se nos da, en primer término, toda la serie de un sistema de coordenadas, de situaciones sociales, de configuraciones o coyunturas que pueden caracterizarse en su singularidad y en función de las cuales puede considerarse una sociedad o evolutiva o retrasada.

Aceptado esto, surge inmediatamente la consecuencia de que el contraste entre sociedades evolutivas y retrasadas no radica fundamentalmente en la contraposición entre sociedades progresistas y tradicionalistas, sino en el ámbito de uno y el mismo sistema,

en el ámbito, por ejemplo, del moderno sistema técnico-económico. Así resulta manifiestamente retrasado un sistema industrial basado exclusiva (o predominantemente) en el carbón, la caldera de vapor y en el hierro, frente al que se basa en la hulla blanca, la electricidad y el motor eléctrico conjuntado con el de explosión. Y esto no es tan sólo aplicable a las formas de producción, sino al sistema de las clases sociales. Si aceptamos como criterio el estado de integración entre unas y otras, ello nos muestra que las industrias viejas —y su correspondiente sistema de clases— acusan un menor grado de integración (una lucha de clases más aguda) que las modernas. Dicho esto, no resta sino inferir la consecuencia de que el problema de los pueblos retrasados se presenta igualmente en el seno de las sociedades industriales de Occidente, cuyo antagonismo no se ofrece tan sólo en la forma de contraposición entre Nación y Estado en cuanto a contraposición de dos sistemas económicos, sino como estratos del mismo sistema industrial. Esto quiere igualmente decir que en los problemas resultantes de la pugna entre los territorios evolutivos y los retrasados, no sólo juegan las diferencias existentes entre las sociedades industriales y la de los pueblos de las antiguas colonias, sino diferencias existentes en el seno de las propias sociedades industrializadas.

Con ello surge la necesidad de liberar el problema de los territorios retrasados de su propia especificidad y considerarlo como un problema sociológico de orden general. A la vez se comprueba que la oposición entre sociedades tradicionales y progresivo-industriales, es tanto menos adecuada cuanto que en el propio seno del sistema industrial se dan zonas plenamente evolucionadas y otras en retardo. Podemos incluso decir que en muchos problemas considerados antes como propios de los pueblos coloniales, al empezar éstos a industrializarse, el conflicto ya no puede buscarse en la oposición entre una cultura tradicional y el progreso técnico, sino fuera de eso *en la contraposición con una forma retrasada del industrialismo, o sea, del capitalismo*. De otra parte, estas culturas, a pesar de su muy definido sistema de valores, reproducen el mismo contraste que se dió en Europa en tiempos de su gran incremento de población proletarizándose una gran parte de ella, como así ha acontecido en algunos países orientales (Japón, parte de China, India) y también en Sud Africa, Marruecos y Argelia, pueblos que en algunos casos ofrecen interesantes perspectivas, porque mientras una parte de este proletariado indígena vive y

se amontona en ciudades de nuevo cuño como Bidonville, otra parte emigra a la metrópoli, a Francia, generando un proletariado andrajoso y viviendo bajo el más triste desamparo. En todos estos casos el planteamiento de nuestro problema asume modificaciones esenciales que nos limitamos ahora a señalar para volver sobre ellas posteriormente.

La problemática clásica sobre los territorios retrasados se emplaza en la «colisión» (clash) entre dos sistemas culturales, económicos y sociales. En este sentido Balandier ha destacado sintéticamente que la dificultad radical se cifra en la influencia de los hechos que se proyectan «desde afuera». «Les pays sous-développés ont ceci de particulier que les éléments de leur progrès technique et économique sont apportés du dehors, que le progrès y connaît une accélération particulière dès le moment où les facteurs qui le déterminent se trouvent présents» (*Conséquences sociales*, pág. 40). Esto es, cuando menos en parte, exacto; el problema es si lo es o no totalmente. En la doctrina sociológica de la evolución es conocida desde hace tiempo la extraordinaria importancia que la gravitación del influjo de una colectividad tiene para disparar sobre otra los estímulos de una fuerte evolución. Pero estos estímulos pueden también ser promovidos desde dentro cuando una colectividad decide por sí misma imprimir un nuevo rumbo a su actual estado de evolución eligiendo una de entre las varias posibilidades vitales que para ello se le ofrecen. Esta es la situación de aquellos pueblos que viviendo de la herencia de una alta cultura y sin haber recibido permanentemente la influencia de los países colonizadores han perdido su independencia. En general nuestra atención está demasiado atraída hacia los pueblos colonizados sin reparar en aquellos otros que, relativamente exentos de toda influencia extraña, han impreso a su evolución una dirección propia, como Siam, que a partir de 1868, por obra de sus propios reyes, especialmente Mongkut y Chulalongkorn, con la ayuda de consejeros europeos reformaron su país desde dentro. A este grupo pertenecen también el Japón, quien por sí mismo ha promovido dos distintas evoluciones, una en el siglo V de nuestra Era al readaptar los elementos de la cultura de China, y otra desde 1868 al asimilar en parte el sistema técnico-industrial de Occidente, lo que le creó nuevos problemas al vivir una parte de su población simultáneamente bajo dos diferentes sistemas. Se puede aquí, por tanto, hablar de una evolución autó-

noma, sobre todo en la época en que el Japón se aisló resueltamente de los demás pueblos. Nos parece bastante característico que el ejemplo del Japón en la relación de Balandier sólo una vez aparece en otro sentido. Otros ejemplos semejantes, por ejemplo el de Abisinia, no podrían merecer la misma calificación. En mi opinión tales ejemplos, a los que se podrían añadir otros, y ante todo el de los pueblos de cultura aislada, debieran atraer más la atención. A ellos pertenece también en parte Rusia y algunas de sus Repúblicas confederadas del Este y de sus territorios autónomos, sobre los cuales desgraciadamente sólo tenemos una orientación incompleta. Igualmente esencial sería penetrar en la naturaleza de aquellos pueblos como Indonesia, que proclamados soberanos después de la segunda guerra mundial, están en el punto de iniciar una nueva evolución, o de aquellos otros, como Liberia, que representan una forma intermedia singularmente interesante, porque al retornar una parte de la población a su país de origen, liberados ya de la esclavitud por el presidente Monroe, han mantenido el contacto y la inspiración del pueblo emancipador.

Si situamos las cosas desde este punto de vista, pronto quedaremos sorprendidos al ver que el material conocido empieza a cobrar nuevos aspectos. Tomemos el ejemplo del hecho ocurrido antes de 1900 con la introducción de la rueda y del carro de caballos entre los indios Papagos del sur de Arizona (6). Normalmente este ejemplo sólo podría ser interpretado de manera que la muchedumbre de consecuencias derivadas de la introducción de un invento técnico son imprevisibles. Pero además de ellas hay que reconocer que las consecuencias derivadas de la introducción de un invento son, a su vez, transformadas por un nuevo artilugio que tiene la aptitud por una adaptación activa, *de revalorizar la introducción del primer invento por una aplicación igualmente imprevisible*. A ellas pertenece, por ejemplo, el aprendizaje incomparablemente rápido del oficio de herrero por un hombre de aldea. Porque en tanto parecían confinados a la simple aplicación del carro de transporte, lo aplicaron, sin embargo, a la navegación fluvial, lo que constituye un invento propio de los indios Papagos. Algo semejante lo constituye el hecho de que si querían aprovechar plenamente el carro como transporte se vieran forzados a

(6) Cf. Edward H. Spicer, editor, «Human Problems in Technological Change», New York, 1952.

construir caminos entre sus cuarteles de invierno y de verano. Al propio tiempo comenzaron una sistemática explotación de las reservas de madera. Mientras que anteriormente la recogida de la leña se reservaba a las mujeres y a los niños, procedieron ahora los hombres a una explotación colectiva para revalorizar su venta, lo que les llevó a ponerse en contacto con las comarcas colindantes. Con ello sobrevino una transformación de los usos tradicionales en forma colectiva para el aprovechamiento en común de los medios de transporte. Se puede decir, por tanto, que la totalidad de su vida se puso en movimiento, mas no sólo por obra de un estímulo proyectado desde el exterior, sino por obra de la *transformación que los propios indios Papagos imprimieron a este estímulo al readaptarlo a sus necesidades.*

Acaso más aleccionadores son los casos de repudio, por parte de los naturales, de una innovación técnica, tal como Allan R. Holmberg lo refiere en el caso de la perforación de una fuente en la aldea Viru a 300 millas al Norte de la ciudad de Lima en el Perú (7). En este pequeño poblado, de unos 2.000 habitantes, el suministro del agua era malo y deficiente. Sus moradores eran también demasiado pobres para mejorar la situación por sí mismos. Así que el Gobierno, tras de algunos tanteos con la población, se decidió a efectuar la obra por sí mismo. Realizada la primera perforación, decidieron los técnicos completarla, a pesar de la visible indiferencia de los favorecidos por la obra. Además de las causas de política local que podían explicar esta indiferencia, advirtió Holmberg que el problema del suministro de agua aparecía vinculado con los ritos religiosos locales con los que se acostumbraba implorar esta merced, y como entre los preparativos de la perforación se omitió la invocación de esta creencia que comprendía dónde y cuándo se debía practicarla en una fiesta consagrada a este objeto, el hecho de alumbramiento les dejó «incrédulos e indiferentes». Dicho con otras palabras, quiere igualmente decir, de una parte, que en la perforación del agua yacían fundamentos de orden político que fueron olvidados al no acompañarse de las ceremonias rituales acostumbradas, y, de otra, que no se acertó ni a mover el interés de los poseedores de la tierra en que se practicó el alumbramiento.

Se nos podrá argüir que una tal sociedad de un tipo de cul-

(7) Cf. S. H. Spicer, l. c.

tura tan herméticamente tradicional, no es un caso apto para el desarrollo de ninguna innovación. Tal puede ser, sin embargo, el caso de los grupos más incompletamente «primitivos», como lo demuestra el hecho de la introducción de los utensilios de hierro en los Yir Yoront de las costas occidentales de la desembocadura del Colemn del Cabo York en Australia que aún vivían en la Edad de Piedra (8). Naturalmente, la elaboración del hierro tratado por las misiones allí radicadas produjo toda clase de consecuencias perturbadoras; esto no es materia de discusión, sino más bien si la introducción de tal novedad era o no susceptible de aportar un germen de transformación en las costumbres, aunque las antiguas hachas de piedra fueran consideradas como *totem* (es decir, sagradas), y sólo se reservaban a los más viejos, que las consideraban de su exclusiva propiedad, simbolizando así el disfrute del poder, aparte de servirles como objetos comerciales en las grandes fiestas de la época de la sequía. La innovación fué no obstante, recibida con muy viva complacencia, aunque apenas si la nueva hacha les proporcionaba mayor utilidad que la antigua, pero su aplicación quedó reducida a eso, sin que les sirviera de punto de arranque para ninguna transformación o readaptación ulterior, como fué el caso entre los indios Papagos. Las consecuencias sociales fueron, sin embargo, extraordinarias, porque al disponer mujeres y niños de las nuevas hachas se quebrantó el prestigio y el poder de los ancianos. Este caso es interesante porque estas mismas gentes no disponían más que de una frágil balsa de madera que ellos mismos arrastraban para transportar el agua, cuando no más que a cincuenta y cuatro millas existían tribus que se servían de piraguas. Ahora, las piraguas entraban en el dominio de la Mitología, y ellos «sabían» que no contaban con recursos para salvar esta situación. Sin embargo, en otros casos acertaron con relativa facilidad a integrar en su sistema totémico objetos de procedencia europea, como así ocurrió con el hacha. Posteriormente los ancianos trataron de recobrar su prestigio entronizando, por ejemplo, el culto de las «pastas para los dientes», con lo que los dentífricos cobraron naturaleza antropológica. Lo mismo aconteció con otras cosas, cuya función esencial siguieron ignorando, pero de las que trataron de servirse para

(8) Cfr. *Lauriston Sharp*, *íd.* 1.

reforzar el orden tradicional y defender los intereses de los magos.

No siempre, sin embargo, discurren las cosas tan inofensivamente como en los casos mencionados. L. S. B. Leakey, en su muy ilustrativa obra *Mau Mau and the Kikuyu*, Londres, 1952, muestra cómo por la convergencia de una serie de circunstancias en las cuales influyó el deseo de los Kikuyus de mejorar su nivel de vida, el movimiento Mau-Mau, que se nutre de la reactivación de las esencias tradicionales, penetró súbitamente en una increíble agresividad. El juramento *Mau-Mau* ata a sus miembros con una fuerza extraordinaria, lo que mantiene a raya a sus adversarios, y aunque las atribuciones que se arroga no son muchas, no deja que en ellas se interfiera la Policía. Su más grande oposición la forman los Kikuyus bautizados, que son auténticos cristianos. En ellos han cesado de operar las viejas creencias. Por lo demás, la desorganización del antiguo orden tradicional no ha sido obra de la introducción de nuevas técnicas aportadas por los hombres blancos, sino que es el resultado de la colisión de dos diferentes tradiciones. Así lo demuestra el ejemplo de los Aschanti de la Costa de Oro, cuyos caciques, por la simple presencia de otra autoridad, la de los gobernadores británicos, se resintieron grandemente de la propia, a pesar de ser una parte del orden sagrado tradicional. Un caso semejante acaeció en el año 1900 con la pretensión del Gobernador de que se le entregara la «silla de oro», el símbolo sagrado del poder y de la autoridad de los Aschanti y que motivó una sedición espontánea. La silla fué por entonces ocultada y hallada casualmente en el año 1920 al demoler una casa. Consagrada de nuevo fué otra vez sustraída, pero no sin dejar huellas que hicieron posible a algunos apoderarse de sus adornos de oro y venderlos. La reacción de los Aschanti se tradujo en una sedición violenta pidiendo la pena de muerte para los profanadores. Esto no se llevó a efecto porque la policía europea calificó el hecho como robo frente a los caciques de los Aschanti que formularon su demanda como «profanación de la silla de oro». En una obra extraordinariamente aguda, K. A. Busia, que es un Aschanti, atribuye a este y otros hechos semejantes la circunstancia de que no haya cesado la inestabilidad del orden político entre los Aschanti. Las consecuencias sociales de todos estos acontecimientos que se tradujeron en la

deposición o dimisión en masa de los caciques, tienen una clara significación (9).

Muy interesante es la reciente aportación de Roberto Redfield al plantear el problema de la evolución espontánea y querida con motivo de la fundación de una aldea, Chan Kom, en el Yucatán a la que el autor visitó por los años 1930-33, retornando a ella en el año 1948 (10). Poco antes, en el año 1947, los fundadores de una colonia de indios maya, al sudoeste del Yucatán, decidieron transformar la colonia en un verdadero pueblo. Y esto se debía efectuar confiriendo a cada hombre el contravalor de un caballo. Para transformar la colonia en pueblo el problema no consistía en una cierta masa de habitantes, ya que muchos eran atraídos por las ventajas que les brindaba Chan Kom, sino por la aceptación de las formas más avanzadas de la convivencia, y, sobre todo, de la admisión, como principio del progreso. Al propio tiempo se pusieron en contacto con los pioneros de la revolución mejicana integrándoles en su movimiento, lo que dió lugar a nuevas iniciativas por parte de éstos. Lo decisivo es que se mantuvo la voluntad de adaptarse a las formas más avanzadas de la convivencia. En este sentido escribe Redfield: «Chan Kom began a course of deliberate selfimprovement in which, above all other settlements of the region, it was to excel» (11). La verdad es que la pequeña y aislada colmena se lanzó a un piélago de peligrosos escollos, como así se reconoce en la obra de Redfield. No es esto, sin embargo, lo que está en discusión, sino un problema distinto, el que junto a los procesos de transformación promovidos desde afuera, se dan otros, que dimanen del seno de la propia colectividad.

Con esto no se quiere afirmar que en las sociedades «primitivas» existan en germen sentimientos de «reforma»; a la mayor parte sólo les acucia un porvenir en inmediata conexión con el pasado, como el mismo Redfield reconoce en otro de sus libros (12). Pero de lo que nosotros propiamente hablamos no es de sociedades «primitivas», sino «retrasadas». Una y otra pueden ser con

(9) *The Position of the Chief in the Modern Political System of the Aschanti*, Londres, 1951.

(10) *A Village that Chose Progress; Chan Kom revisited*, Chicago, 1950.

(11) L. c., pág. 10.

(12) *The Primitive World in its Transformations*, Ithaca, N. Y. 1953, página 124.

frecuencia idénticas, pero responden a concepciones diferentes. Bajo la concepción de sociedades primitivas no comprendemos nosotros tan sólo las sociedades existentes en la actualidad y que se caracterizan por un «escaso dominio de la naturaleza» (Ricardo Thurnwald), sino la totalidad de las sociedades involutivas de la tierra, hasta las sociedades proto y prehistóricas, y éstas poseen, en germen, muy pocos estímulos de progreso. De sociedades «retrasadas», por el contrario, sólo se puede hablar cuando se las pone en parangón con «otras», generalmente con determinados tipos industriales avanzados (aunque no exclusivamente; piénsese en el Occidente). El problema de estas interrelaciones culmina cuando se piensa que sólo hay «un» mundo del que ninguna sociedad puede aislarse y en que el progreso opera hasta en poblados tan modestos como Chan Kom, promoviendo impulsos evolutivos. En realidad los fenómenos de la evolución autónoma se nos aparecen como determinados por sistemas de cultura que operan a distancia (en cuanto sistema industrial o de otra clase), todo lo cual supone una posibilidad de comunicación universal. Donde no exista posibilidad de comunicación, toda evolución tiene que producirse fatalmente en forma retardada. Pero una evolución acelerada, que es también el problema que suscitan los territorios retrasados, sólo es posible bajo el supuesto de una red de comunicaciones integralmente eficiente, esto es, bajo el supuesto de la «unidad del mundo».

En este punto nuestro problema comienza esencialmente a cambiar de aspecto. En principio, ya no puede hablarse de sociedades retrasadas en el sentido de sociedades primitivas, coincidentes en un determinado grado de evolución, sino tan sólo de grupos que por razón de su unidad interplanetaria «en el mundo» están en conflicto permanente por influjo de determinadas circunstancias. Su diversidad radica con frecuencia, aunque no siempre, en que unas parecen más desarrolladas, y otras más retardadas, y siempre por obra de una determinada situación o coyuntura. Por consiguiente, el concepto de «retraso» no es absoluto, sino antropológicamente relativo.

En cuanto se le considera con tal forma, comienza a mostrarnos sus aspectos generales que le liberan de su especificidad, en lo que se cifra nuestro intento inicial. Considerado así como un concepto evolutivo cobra la categoría de aquellos fenómenos que desde W. F. Ogburn se caracterizan como «Social Change». Con

todo, importa eliminar de este concepto los últimos vestigios de su etnocentrismo occidental. Porque si sabemos que al presente los impulsos técnico-económicos son los prevalentes, al punto de hacerles coincidir con la situación cultural en su más amplio sentido, sabemos también que se da la situación contraria: fuertes impulsos culturales, con frecuencia políticos o religiosos, frente a los cuales la evolución técnico-económica se halla en retardo. En general, la situación es más compleja que la que reflejan estas afirmaciones. En lo que subsigue nosotros aspiramos tan sólo a eliminar el etnocentrismo occidental de la teoría de la evolución fundamentando con ello el relativismo antropológico que caracteriza este problema.

El problema del retraso se configura, sociológicamente considerado, como un problema de colisión entre sistemas sociales diferentes, ya por contigüidad o distanciamiento espacial, por lo que la colisión se genera por el hecho de la comunicación. Bajo cualquiera de los aspectos que se mire uno de los dos sistemas resulta más retrasado que el otro. Así las tribus africanas de Bergdama resultan más retrasadas que las de Herero, porque como retribución del trabajo que las primeras efectúan en beneficio de las segundas, reciben carne de cabra, en vez de decidirse por sí mismos al cultivo de estos rebaños. La legitimidad de esta forma de remuneración deriva del hecho de que la carne de cabra es más adecuada y segura para la alimentación (sobre todo de los niños) que la que proporciona la eventualidad de caza y las del conjunto de plantas, raíces y pequeños animales sacrificables. Se puede, con otras palabras, expresar esta situación diciendo que si los Bergdama se ponen de buen grado al servicio de los Herero, es porque los consideran superiores y *porque no pueden adaptarse en ninguna forma a aquella situación*. En tanto sea este el caso, permanecen siendo inferiores y retrasados. La superación de este estado reclama, por consiguiente, una mutación de las condiciones prevalentes de vida.

Topamos con esto de nuevo con el problema de la adaptación, uno de los factores que desempeña un papel más esencial. Los términos del problema de los territorios atrasados en la sociología general los constituye de una parte el concepto de la adaptación, y, de otra, las condiciones sociales de la transformación o el cambio. La doctrina de la transformación necesita despojarse del etnocentrismo occidental, como la de la adaptación concebida, de for-

ma que los fenómenos peculiares de los territorios retrasados puedan ser integrados bajo su concepto. Esto acontecerá automáticamente despojando al problema de los territorios retrasados de aquella especificidad inmediatamente conexas con la situación política y reduciéndola a su forma sociológica típica.

La adaptación es, en primer término, un concepto biológico, que desempeña en la biología un papel extraordinario. Pero la adaptación biológica es esencialmente pasiva en cuanto fija un sistema orgánico dado en un marco de circunstancias determinadas. En el hombre esta forma de adaptación desempeña también un gran papel, puesto que comporta el de su ser físico. Pero el concepto sociológico de la adaptación se distingue esencialmente del biológico, por cuanto el elemento activo tiene una importancia que no concurre nunca en la esfera biológica. Claro que el hombre tiene que adaptarse a un clima, pero no lo hace jamás en forma incondicionalmente pasiva, sino que, con el vestido y la vivienda, crea un microclima que le permite adaptarse sin excesivos rigores a la dureza del clima físico. Y esto no le acontece tan sólo mediante el microclima, sino que el hombre, por la rotura de bosques, la desecación de pantanos, las conducciones de agua, etc., se crea un mesoclima de extraordinaria influencia en el medio en que habita. No son, sin embargo, estos hechos, como tales, los que nos interesan, sino la circunstancia de que la acomodación no se efectúa nunca sin el desplegamiento de una considerable actividad. En este sentido podemos hablar de una adaptación activa. Pero en los dominios de la existencia social se dan mayor número de formas de la adaptación pasiva; en ella inciden, por ejemplo, las que derivan del hecho de la sumisión política. Este «complejo de sumisión» lo hallamos en la mayor parte de los pueblos colonizados y juega un papel importante en el tratamiento del problema de los territorios retrasados. A la vez se da aquí una tensa escala que va desde el sometimiento puramente pasivo a la iniciativa plenamente autónoma en la adaptación activa. Entre estos dos extremos se dan numerosas formas intermedias, como aquella que un observador europeo de los negros de Africa enuncia en un ejemplo ya clásico: «Il est incroyable de voir avec quelle rapidité les nègres ruinent les machines les plus précieuses, et comme ils savent ensuite les réparer patiemment avec des bouts de ficelle!»

De esta relación surgen una serie de problemas sociológicos.

cuya recíproca interdependencia compone la totalidad de los fenómenos de los territorios retrasados. A ellos pertenece, en primer término, el fenómeno de la «transculturación» (*Akkulturation*) del que se infieren, a la vez, una serie de subconceptos que atañen a la posibilidad o imposibilidad de la propia transculturación. Cuando un territorio ha asimilado, previamente a la colisión de culturas, determinadas transformaciones, la transculturación se efectúa sin impedimentos graves. Cuando los elementos en concurrencia son de la máxima diversidad, la transculturación no opera y se llega a una total disgregación de los elementos en pugna. Entre los factores impeditivos están los que derivan de las limitaciones del color (*color bar*), junto con una serie de representaciones tradicionales sobre la inferioridad de determinados grupos, así como la posición dentro de la sociedad de las mujeres. Si observamos el caso, no muy infrecuente, de cuando los grupos en colisión no son demasiado diferentes, comprenderemos el especial papel de los grupos intermediarios (como el de las «clases medias» con el proceso de la industrialización), así como el de «los grupos marginales», como el de los judíos al fin de la Edad Media en Europa, el de los comerciantes tártaros en el medio Este y territorios rusos, el de los Parsi, Jaina y otras sectas en la India, la de los emigrantes calvinistas desde la Contrarreforma con sus grandes desplazamientos hacia el Este y, sobre todo al Oeste. Muy recientemente se ha incorporado un nuevo problema a los de esta serie, el del «cambio en masa» (en inglés, «change in scale», y en francés «changement d'échelle»), que a comienzos de este año fué discutido por la International Social Science Council (13). En realidad, el cambio en masa, parece actuar de una manera decisiva en la estructura de los territorios retrasados. Cuando la colisión se emplaza entre pequeños grupos, como ha ocurrido en el pasado millones de veces, es cosa muy distinta a cuando la colisión tiene lugar entre pequeños grupos de territorios retrasados y grandes sociedades muy desarrolladas de una enorme fuerza de atracción, como es el caso de los Estados Unidos de Norteamérica en Puerto Rico, donde el factor de retardo puede provocar una desorganización total en forma de colapso. En los demás casos, la adaptación se consume de manera que el traspaso de determinadas instituciones técnico-económicas se modifica y read-

(13) Cfr. ISSC 54-2: 17, Mai, 1954.

quiere el color cultural del pueblo que las acepta, como acontece aún hoy dentro del capitalismo industrial en los pequeños Estados de Escandinavia, Holanda, Bélgica, si se les compara con los grandes Estados como Francia y Alemania, y éstos, a su vez con los de Inglaterra o Norteamérica. En general, quisiera yo observar que la oposición entre culturas progresivas y tradicionales no estriba en una coexistencia especial, sino que debe ser concebida en una relación a la vez superficial y profunda, puesto que los mismos estímulos técnico-económicos son primeramente tratados racionalmente, congruentemente con su fin, y después, al incrementarse en el proceso de la transculturación, se transforman en un producto tradicional que representa cada vez con más fuerza una forma cultural propia (*cultural pattern*).

Con esto nos parece a nosotros haber despojado finalmente al problema de los territorios retrasados de los últimos residuos de su especificidad transformándolo en un problema sociológico general que cada vez tiene mayor importancia en la Antropología cultural y social. Con esto no pretendemos rebajar el valor de actualidad del problema, al que debe la investigación, como antes a la problemática colonial, muy fructuosas incitaciones. Pero creemos que hasta los problemas políticos en el sentido del desarrollo del Programa del Punto IV sólo pueden ser realizados si nosotros por fuera del partidismo político consideramos nuestro problema por sí mismo. Esto será posible tanto más fácilmente cuanto se acierte a mostrar que la problemática de los territorios retrasados no reside tan sólo en el interés de defensa del Occidente (aunque la significación de este punto no debe en forma alguna ser desvirtuado), sino que esta problemática debe inferirse con la misma necesidad del hecho de la «unidad» efectiva del mundo en el que todas las culturas confluyen y progresan contrainfluyéndose unas con otras. Por eso quisiéramos terminar con algunas afirmaciones de Ralph Linton que resumen lo dicho con nitidez clásica: «Whether we like or not, *one world is to-day a functional reality, and the unification has gone far enough so that the peoples of the world must stand or fall together. Like so many other significant developments of our time, this world unification has emerged without plan or intention. It has been an accidental by-product of the technological and commercial development on which the attention of the West has been focused. These developments brought needs for new materials and, under capitalism, for new*

markets. They also made possible the conquest and domination of territories which would supply these needs. More recently, such developmmments as the airplan and the radio have played their part in drawing tighter the web which commerce and industry had woven. The new indeologies which disturb us and the current attempts to develop some sort of world political organization are simply recognitions of the fait accompli, belater attempts to bring political and social forms into some sirt adjustment with current reality» (14).

RENÉ KÖNIG

(14) *Most of the World*, New York, 1949; pág. 4.

